

El extranjero (Palabras para Jacques Derrida)

ANTONIO CAMPILLO*

Jacques Derrida murió en un hospital de París el 9 de octubre de 2004, a la edad de 74 años, tras haber padecido y combatido un cáncer de páncreas durante más de un año, con una sorprendente entereza. Unos meses antes, en marzo de 2004, en su casa de Ris-Orangis, a las afueras de París, había concedido su última entrevista: realizada por Jean Birnbaum y revisada por el propio Derrida, fue publicada por *Le Monde* el 19 de agosto y reimpressa por el mismo periódico el 12 de octubre. En esta entrevista testamentaria, que el propio Derrida calificó de «necrológica» cuando la vio publicada, habla de sí mismo como un «superviviente» y de toda su obra como una incesante reflexión sobre la «supervivencia». «La vida *es* supervivencia», dice Derrida, y lo es en un doble sentido: sobrevivir es continuar viviendo y diciendo *sí* a la vida, a pesar de todos los pesares, pero es también vivir *después* de la muerte, como les ocurre a las trazas, las huellas, los espectros, las herencias, todo cuanto recibimos del pasado, pero también todo cuanto legamos o transmitimos al porvenir. Sabiéndose cercano a la muerte, Derrida no puede dejar de preguntarse qué será de sus huellas, qué quedará de sus palabras y de sus acciones, de sus escritos y de sus luchas, cuando él ya no esté entre los vivos; y se da a sí mismo dos respuestas igualmente posibles: la completa desaparición en el olvido de las bibliotecas y la espectral perduración en la memoria de sus lectores y amigos.

Pues bien, el primer acto de duelo de quienes le hemos leído y conocido no puede ser otro que el de la deuda, la gratitud y la memoria. Porque Jacques Derrida ha sido uno de los más grandes pensadores del siglo XX. Porque el legado de su vida y de su obra es inmenso y va a perdurar durante mucho tiempo. Porque él era, además, el último gran representante de toda una generación de intelectuales franceses «estructuralistas» y «postestructuralistas», herederos de los grandes «filósofos de la sospecha» (Marx, Nietzsche y Freud), y a los que suele relacionarse, a menudo de forma simplista y despectiva, con el «mayo del 68». El propio Derrida los nombra con orgullo en su última entrevista: Lacan, Althusser, Levinas, Foucault, Barthes, Deleuze, Blanchot, Lyotard, Bourdieu, Sarah Kofman, etc. A pesar de sus muchas diferencias y discusiones mutuas, Derrida se reconoce como su «contemporáneo» y su «heredero», porque ha compartido con todos ellos «un ethos de escritura y de pensamiento intransigente, incluso incorruptible (Hélène Cixous nos apoda los «incorruptibles»), que no hace concesiones ni siquiera a la filosofía, y que no se deja asustar por lo que la opinión pública, los medios, o el fantasma de unos lectores intimidantes, podrían obligarnos a simplificar o a rechazar. De ahí el gusto severo por el refinamiento, la paradoja, la aporía».

* Dirección: Departamento de filosofía. Campus de Espinardo. 30071 Murcia. E-mail: campillo @um.es

Pero, ¿qué es lo más peculiar de la vida y de la obra de Jacques Derrida? ¿Qué es lo que ha hecho de él una figura singular en el seno de la generación «sesentayochista» y, en general, en el horizonte del pensamiento contemporáneo? Sin lugar a dudas, la radicalidad con la que ha vivido y pensado su condición de extranjero, que es también, en último término, la condición de todos nosotros en la era de la sociedad global.

Jacques Derrida nació en la ciudad argelina de El-Bihar, el 15 de julio de 1930, cuando Argelia era todavía una colonia francesa. Pero su familia, que se dedicaba al comercio con la metrópoli, no profesaba la religión musulmana, como la mayoría de los argelinos, ni la religión católica, como la mayoría de los colonos franceses, sino la religión judía, que en los años treinta y cuarenta, durante la infancia y adolescencia del joven Jacques, sufrió la más terrible ofensiva antisemita de toda la historia del pueblo judío. La generación de sus bisabuelos había llevado una vida modesta y había estado muy vinculada a los árabes, a su lengua y a sus costumbres; la generación de sus padres, en cambio, se había aburguesado y afrancesado, y él mismo fue educado en la lengua y la cultura francesas; una lengua y una cultura que, durante sus primeros años, le parecieron un tanto extrañas, porque venían impuestas desde la metrópoli. Pero la metrópoli acabó atrayéndole y, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, a la edad de 19 años, Derrida emigra a París y estudia interno en el liceo Louis-Le-Grand, hasta que en 1952 consigue acceder a la École Normale Supérieure, la más prestigiosa escuela filosófica de Francia. Además, contraviniendo la tradición familiar, se casa en 1957 con una francesa no judía: Marguerite Aucouturier. Sin embargo, en la Francia blanca y católica, Derrida se sabe doblemente extranjero, porque es a la vez un *ped noir* de piel morena y un judío circunciso.

Jacques Derrida fue siempre un extranjero, un paria, un «sin papeles» (como acertadamente lo llamó Manuel Cruz en *El País*, 11-10-2004), un apátrida obligado a transitar a través de las fronteras, con el alma siempre dividida entre varias fidelidades a un tiempo. Como dice en su última entrevista: «No tengo más que una lengua [el francés], y al mismo tiempo esta lengua no me pertenece. No naturalmente y por esencia. De ahí los fantasmas de propiedad, de apropiación y de imposición colonacionalista». Esta experiencia de extranjería fue la herencia que Derrida recibió y de la que se hizo cargo a través de la escritura, a través de toda una vida dedicada al ejercicio del pensamiento.

Por eso, el conjunto de su prolífica y polifacética obra (más de 80 libros) está atravesado por el incesante e implacable cuestionamiento de todas las fronteras, de todas las dicotomías conceptuales y sociales entre lo propio y lo extraño, lo puro y lo impuro, lo legítimo y lo bastardo, lo natural y lo artificial, lo vivo y lo muerto, lo presente y lo ausente, lo consciente y lo inconsciente, lo nuestro y lo de los otros..., que son precisamente las dicotomías sobre las que se ha fundado la gran tradición filosófica de Occidente. Aunque ha sido también en Occidente —en sus intersticios y en sus márgenes más o menos «bárbaros»— en donde han surgido una y otra vez las voces más libres y (auto)críticas, entre ellas la del *ped noir* judío Jacques Derrida, que se dedicó a problematizar y «desconstruir» todas esas dicotomías conceptuales y las instituciones erigidas sobre ellas.

Aunque parezca paradójico, las voces que surgen en los márgenes son las únicas en las que todos podemos sentirnos más o menos reconocidos, sea cual sea nuestro lugar de procedencia o nuestro signo de pertenencia. Si Derrida se ha convertido en uno de los más grandes pensadores del siglo XX, ha sido precisamente por su condición de extranjero «sin papeles», y sobre todo por su capacidad para dialogar con unos y con otros, para acogerlos y visitarlos, para escucharlos sin prejuicios e interpelarlos sin acritud.

Se suele asociar a Derrida con la divisa de la «desconstrucción», que no es sino la puesta en cuestión, como ya he dicho antes, de las grandes dicotomías conceptuales del pensamiento occidental.

Sin embargo, se suele olvidar que el lado afirmativo y el impulso profundo de la «deconstrucción» derridiana es la apertura de pasos transitables a través de los muros mentales y sociales que se han ido edificando históricamente sobre el cimiento de tales dicotomías, y que sin embargo se han presentado como barreras eternas, sagradas e inmovibles. Por eso, a mi me parece que el *leit motiv* de la vida y la escritura del meteco Jacques Derrida ha sido, más bien, la migración, la transmisión, el injerto, la metamorfosis, la mezcla, el envío de mensajes a través del tiempo y del espacio, la supervivencia de las huellas más allá del momento y el lugar de su inscripción, la libre circulación de las personas a través de todas las fronteras aparentemente infranqueables: nacionales, religiosas, idiomáticas, sexuales, académicas, etc.

Si por algo ha suscitado Derrida tanta y tan enconada animadversión en algunos círculos académicos, si ha habido tantos sesudos intelectuales que lo han considerado un charlatán y un intruso, si se lo ha querido estigmatizar como a un individuo peligroso (con etiquetas como la de «nihilista», «posmoderno», etc.), ha sido precisamente porque este «sin papeles» del pensamiento ha cometido el atrevimiento de no respetar las fronteras entre las distintas disciplinas académicas, porque ha puesto en comunicación territorios muy diversos y ha transitado libremente a través de ellos, demostrando en todos los casos un excelente dominio del territorio en cuestión (la filosofía, la lingüística, la crítica literaria, el psicoanálisis, la antropología, la política, el derecho, la economía, la pintura, la arquitectura, etc.), y cuestionando así los supuestos títulos de propiedad de quienes estaban cómodamente asentados en sus viejos hábitos, prejuicios y privilegios de gremio.

Pero Derrida no sólo ha sido capaz de transitar libremente a través de las disciplinas, sino también a través de las generaciones. No sólo ha mantenido fecundas diferencias con sus contemporáneos (Levinas, Foucault, Rorty, Searle, Gadamer, Habermas, etc.), sino también con los «clásicos» antiguos y modernos de la filosofía occidental, desde Platón y Aristóteles hasta Husserl y Heidegger, pasando por Montaigne, Pascal, Descartes, Rousseau, Kant, Hegel, Nietzsche y Benjamin.

Por último, Derrida ha transitado incansablemente a través de los idiomas, las naciones, las religiones, los sexos, etc., no sólo viajando de un país a otro, asistiendo a todo tipo de encuentros y de debates, colaborando en las más diversas publicaciones, participando activamente en numerosas luchas e iniciativas socio-políticas, «traduciendo» permanentemente sus palabras de un campo discursivo a otro y escuchando, a su vez, las palabras de los otros, sino también enfrentándose de forma rigurosa a la cuestión crucial del «otro», y sobre todo al problema de la convivencia en una sociedad cada vez más globalizada, entremezclada e interdependiente. La cuestión crucial es la siguiente: en una sociedad así, tan diversa y sin embargo tan necesitada de leyes justas y de instituciones mundiales que las hagan cumplir, ¿cómo es posible decir «nosotros»?

Jacques Derrida nunca comulgó con el «nosotros» etnocéntrico de los europeos, del que se han derivado las más terribles consecuencias (el imperialismo colonial, el totalitarismo nazi y soviético, el holocausto de los judíos, etc.); pero tampoco comulgó con el sionismo «desastroso y suicida» de Israel, que ha hecho de los palestinos un pueblo ocupado y humillado; ni con el fundamentalismo árabe-musulmán, que ha causado los atentados del 11-S en Nueva York y del 11-M en Madrid; ni con el fundamentalismo cristiano de los neoconservadores estadounidenses, que ha llevado a Estados Unidos a convertirse en el más peligroso de todos los «Estados canallas».

Paradójicamente, fue la necesidad de oponerse a todos estos fundamentalismos antitéticos e igualmente asesinos, la que llevó a Derrida, el gran «destructor» de Occidente, a defender durante sus últimos años lo mejor de la tradición cultural europea, desde la Ilustración de Kant hasta el socialismo de Marx. Por eso, en su última entrevista, aboga por «una Europa altermundialista», capaz de sintonizar con los nuevos movimientos sociales que están luchando en todo el mundo con-

tra la versión neoliberal y neoimperialista de la globalización. El último Derrida pone sus esperanzas en una Europa abierta al «otro», defensora del laicismo (lo cual exige, entre otras cosas, sustituir el matrimonio cristiano, eterno, monógamo y heterosexual, por una «unión civil» libremente acordada «entre compañeros de sexo o de número no impuesto»), la justicia social, la paz entre los pueblos, la democracia de los ciudadanos y la primacía de las leyes e instituciones internacionales por encima de la soberanía nacional. Una vez más, Derrida aboga por la «supervivencia», por el derecho de todos los seres humanos a gozar de una vida digna.

Su condición de extranjero, asumida de forma lúcida y radical —en una sociedad global que nos convierte a todos, de uno u otro modo, en extranjeros—, le llevó a cuestionar los viejos conceptos de la filosofía política occidental (patria, soberanía, nación, sujeto, propiedad, fraternidad, etc.), y a proponer un nuevo concepto de ciudadanía cosmopolita, esto es, un nuevo tipo de vínculo entre todos los humanos, no fundado ya en la sangre ni en la tierra, pero tampoco en el mero intercambio mercantil entre individuos supuestamente autárquicos, sino en las mutuas relaciones de deuda y de gratitud, de responsabilidad y de solidaridad, que en el curso del tiempo nos han ido entrelazando a unos con otros, y que nos obligan a pensar nuestro «yo» y nuestro «nosotros» más allá de las viejas figuras de un sujeto y de una comunidad pretendidamente soberanos y autofundantes.

Ahora bien, para poder vivir en paz con los otros, hemos de mantenernos en guerra con nosotros mismos: hemos de comenzar por reconocer que los otros forman parte de nuestro propio ser, que somos extranjeros de nosotros mismos y que, por tanto, no podemos dejar de vivir en un irresoluble conflicto interior. Ya lo decía el poeta y filósofo Antonio Machado: «Vivo en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas». En su última entrevista, lo repite también el filósofo y poeta Jacques Derrida: «Estoy en guerra conmigo mismo (...), digo cosas contradictorias, que mantienen una tensión real entre sí, pero que me construyen, me hacen vivir y me harán morir. Es una guerra que a menudo me parece terrible y penosa, pero al mismo tiempo sé que así es la vida».